

la narración tan bello y tan interesante, su aplomo tan grande, que aun los persuadidos de que se trataba de una fábula, se asombraron de aquella maravilla de improvisación.

Abrazaron á Doblado, le emplazaron para la noche siguiente y llovieron en su mano las monedas, empeñándole á que continuase su historia.

A la siguiente noche todos los chicos acudieron puntuales y curiosos de escuchar á Doblado, tendieron sus capotes en el suelo en semicírculo al frente de la *botadera*, asiento prominente del narrador.

Restablecido el silencio, anudó de esta manera el cuentista su relación pendiente:

—«Uno de mis nacimientos, ó mejor dicho, el que mejor recuerdo, me representa un ánade blanco como espuma, que no sé con qué motivo se entraba por un gran salón como Pedro por su casa; tenía el lomo muy ancho el ánade, y tambaleaba al andar; pero lo singular era que lloraba como criatura y casi articulaba palabras humanas de idioma desconocido.

«Los concurrentes de ambos sexos que ocupaban el salón, eran singularísimos: en las cabezas de los hombres se veían como pequeños arbustos de menudas y verdes ramas que sombreaban los rostros, y en las cabezas de las mujeres flores preciosísimas en sus tallos, que eran adorno delicioso y defensa de sus cabezas.

«A la presencia del ánade maravilloso, todos los circunstantes mostraron asombro; uno, compadecido de los dolientes gritos, desenvainó su puñal y rajó con él

el lomo del ánade; al abrirse en medio de la sangre que caía sobre las blancas plumas convertidas en hojas de elavel, apareció, sonriendo, un niño blanco, rubio, risueño, tendiendo sus preciosas manecitas á una de las damas que era nada menos que la reina, quien lo llenó de besos y caricias.

«Casi sin intervalo de tal escena, la reina se hundió en el suelo con todo y su nueva adquisición, y lo mismo sucedió con otros personajes prominentes, á mi juicio, por la riqueza de sus trajes, y era que aquel salón era un punto avanzado de Palacio en que se recibía y comunicaba subterráneamente por salones lujosísimos con las habitaciones reales, habiendo en el pavimento cotillones y tramoyas por donde se verificaban aquellas mágicas y repentinas desapariciones.

«Los ejercicios gimnásticos en aquella mi patria, comenzaban desde la edad más temprana, y consistían en trapecios y columpios elevadísimos y que se sujetaban á vaivenes más ó menos impetuosos, según el parecer de los maestros.

«Había voladores como los de los aztecas y, por último, pequeños globos que sostenían á un niño á poca distancia con velocidad extraordinaria.

«Todos estos ejercicios los motivaba, que los que allí fungían de cabalgaduras eran ávestruces gigantescos domesticados y enseñados como nuestros caballos; esas inmensas aves servían para los viajeros y para las tropas, no permitiéndose el caballo sino para las cercanías de las ciudades y para los paseos, de suer-

te que los grandes viajes eran por el aire con la mayor violencia y comodidad, y los caballos en los aires tenían cierto carácter de grandeza y majestad imposible de describirse.

«Las grandes hileras de aves colosales perdiéndose en las nubes, los estandartes y banderas, los aparatos para conducir los heridos y descender á tierra, las músicas, todo era inesperado y fantástico.

«Por supuesto que había sus sabios muy conocedores que fijaban los días de combate para que no un aguacero ó una granizada trastornara los planes de guerra.

«Después de mil maravillosas aventuras y de ocupar puestos muy eminentes en el Estado, mataron en una batalla al narrador que tenía el nombre de Kerchuffs, y á quien mandaron retratar en un gran papelote que se elevaba en los aires los días de gran formación de las tropas en el espacio.»

Al dar por terminada su relación esa noche el narrador, el entusiasmo se desbordó, le pasearon en triunfo por todo el colegio y se pronunciaba el nombre de Doblado con fanática admiración, lloviéndole propinas, obsequios y consideraciones.

Al acercarse los exámenes, suspendió sus pláticas nuestro amigo, quien sacó los primeros premios, y cuando las vacaciones llevaron á todos los ángulos del citado á los chicos al seno de sus familias, se difundió la fama de aquel colegial extraordinario, abismo de gracia y elocuencia.

Al rector del Colegio había llegado la noticia de las milagrosas aventuras de Doblado, y cuando volvieron á continuar sus estudios los chicos, promovió la continuación de los cuentos de aquel nuevo Guzmán de Alfarache ó Lazarillo de Tormes.

Doblado organizó las reuniones cuidando de sus propinas y comenzó por una de sus mil transmigraciones, con el nombre de *Motetes*.

Este era un muchacho crespo, moreno, de ojos negros, de movimientos listos, valiente y dádivo, hijo bueno y excelentísimo amigo; pero con una inventiva tan estupenda para las maldades y diabluras, que ni en los pasados ni en los presentes tiempos se le reconocía rival.

El sombrero con la parte superior averiada, la camisa en descote insolente, el pantalón clareado y suplido con un paliacate... en una bolsa pan y queso, en la otra un trompo ó un celemín de huesos de chavacano.

En una vez le asaltó un perro enorme, y al abalanzársele, Motetes se puso en cuatro pies y le ladró ó guiñó al perro, de modo que el can volvió grupas y echó á correr espantado.

En una riña que tuvo con un boticario, éste le siguió con un palo, el chico saltó sobre el mostrador y parado en él grito al enemigo: «Ni un paso más porque barro y derribo todo el botámen de la botica,» con lo que el boticario entró en transacción.

Llamaba á un vendedor por la calle, y después de

ver el efecto proclamado, le preguntaba si vendía. . . .

—Sí, niño. . . .

—Pues consuéllese Ud., porque otros no venden, y echaba á correr.

Ya se vengaba de un músico que le perseguía, untando sebo en las cuerdas de su violín, con lo cual quedaba sin tocar y el artista con derrame de bilis.

Ya introducía un trozo de hielo en una trómpa que sonaba destemplada.

Ya se ponía á comer limón gesticulando frente á un flautista, que con la boca aguanosa no daba tonos.

Una ocasión se introdujo al coro de una iglesia, y con suma sutileza y disimulo rajó los pliegues de los fuelles del órgano. Cuando el caso lo requirió trató de dar un lleno el órgano y produjo un ronquido ruidoso y ridículo que hizo carcajear á todos los fieles cristianos.

Ya se entraba á una mercería muy serio, á preguntarse había herraduras para mosquitos ó pistolitas para matar pulgas; ya les gritaba *tostadas* á las molenderas de chocolate, injuria alusiva á la lumbre que se ponían debajo del metate y les tostaba el vientre.

Para atar un cohete á la cola de un perro, y prenderlo haciendo que corriese desatinado; para poner zapatos con cáscaras de nuez á un gato de modo que anduviese travavillando; para atar un papel á la cola de otro gato y verlo dar vueltas enloquecido; para esto Motetes era único en su género.

Y á tanto llegó el entusiasmo de sus oyentes, que se le quedó á Doblado el nombre de *Motetes*, que conser-

van hasta el día los pocos compañeros de colegio que le sobreviven.

El Rector se decidió á escuchar á Motetes, disponiendo las cosas de modo de confundirse con los otros colegiales, y así lo verificó.

Hablaba esa noche Doblado, de la condensación ó consolidación porosa de una nube, que habitada se convirtió en isla flotante, y donde acontecieron cosas estupendas.

Y era tal la gala del estilo, tan profundo el interés que dió á la narración, tan vivo y poético el colorido de su leyenda, que el buen rector estuvo á punto de declarar sobrenatural *al niño sublime*, para plagiar la calificación que se hizo de Víctor Hugo.

Con verdadero asombro, y en conversación familiar, habló el Rector de Doblado con una gran señora, tan opulenta como bella, y tan inteligente como generosa.

La rica matrona comprometió al Rector á que la disfrazase y la colocara de modo de escuchar á Doblado.

Esa noche, en no sé cuál de sus vidas se pintaba Doblado, huérfano, doliente, recogido por unos audaces marinos y navegando en mares tempestuosos.

Ocurre un tremendo naufragio, que describe divinamente el narrador, como lo hizo Byron en D. Juan; como Pereda, como el poeta de inspiración más valiente. Rendido, reluchando con las olas, perdió el sentido. . . . al volver en sí, se halló en medio de un silenciosísimo arenal, sin un árbol, sin agua, sin un accidente cualquiera que ofreciera vida. . . . El naufrago estaba

totalmente desnudo y había quedado en su cuello una medalla de la Virgen María, recuerdo de su santa madre.

Quitóse la medalla del cuello, la puso en la arena y se arrodilló para besarla; al poner los labios en ella, el suelo se hundió, precipitándose de cabeza Motetes al fondo de un pozo profundísimo, tentando las paredes de aquel abismo; cayeron unas piedras y tendiendo la mano, se persuadió que estaba en la primera de las gradas de una escalera de caracol.

Subió entonces intrépido, conmenzó á percibir débiles y blanquísimos destellos, subió más y más, y de pronto y vestido por arte de milagro, se halló en el centro de un delicioso verjel, lleno de árboles frondosos y bellos, con cascadas risueñas y lindas flores, con frescura en el ambiente perfumado en que revolaban pintadas mariposas, y se oían los cantos dulcísimos de aves melodiosas.

Del seno de una fuente de clarísimos cristales, sin siquiera rastros de humedad, salió una joven tan deslumbradora de belleza, tan dulce de mirar y tan enamorada de acento, que hubiera requerido una alma *ad-hoc* para admirarla y para amarla.

Llamó al joven y le dijo: toma esta llavecita de oro, busca una peña que está frente á mí, y en que está incrustada la chapa de esa llave, abre la peña, se convertirá en puerta que da á la habitación que te doy en premio de tu amor á Dios, á tus padres y tus talentos, lo mismo que á tu noble ambición de ser útil á tu patria y á tu familia; yo nunca te abandonaré.

Practicó el niño lo que dijo el Hada, después de decirle palabras tan tiernas y sentidas, que apenas se oía al narrador entre los sollozos de los circunstantes.

La gran matrona compañera del Rector, se retiró sin decir palabra, suplicándole á su amigo que el domingo próximo enviara á Doblado, con cualquier pretexto á su casa.

Fué en efecto el afortunado colegial, lo llevó la señora á su sala, y le dijo: Yo soy sirviente de la Hada que vió Ud. en la fuente, y ésta (mostrándole una llave) es la llave de la habitación de Ud.; sígame.

Siguió Doblado los pasos de la dama y encontró un departamento perfectamente amueblado, con estantes y libros, útiles de aseo y cuanto se pueda imaginar para comodidad y bienestar de un joven.

—Esta es la casa de Ud., aquí vivirá, aquí concluirá Ud. su carrera y encontrará una segunda madre. Así ingresó Doblado á aquella opulenta familia, así encontró una generosa protectora á quien amó y reverenció toda su vida y así fué su entrada en el gran mundo.

Ocasión tendremos de ocuparnos más detenidamente de este personaje. Cuando fué al Congreso de Querétaro tenía treinta años.

Era rubio y de ojos azules y pequeños, pero vivísimos; de boca pequeña y labios finísimos, de cuerpo mediano pero ágil y bien hecho, muy pulcro en el vestir y con los hábitos de gran señor con uno que otro dije de payo que le agradaba.

El Sr. Lic. D. José M^a Cuevas. La familia de los se-

ñores Cuevas es originaria de Lerma, el padre ó abuelo de D. José M^a fué dueño de la hacienda riquísima del Mayorazgo, de donde se colige su opulenta fortuna, influencia y relaciones.

Hizo brillantísimos estudios en el Colegio de San Ildefonso, y decía que le habían educado los jesuitas á quienes profesó toda su vida profunda admiración, y cuyas máximas morales ó de conducta en el recto sentido de la palabra, citaba frecuentemente en su conversación familiar.

Moreno, hermosa y amplia frente coronada de escaso y disperso cabello, nariz proporcionada, ligeramentecurva, boca recogida, de finos labios y movimientos graciosos, alguna barba que sombreaba su rostro sin comunicarle aspereza.

Constantemente andaba con la cabeza inclinada, era cargado de hombros, y en su asiento parecía doblado y como al dormirse.

Abordaba la tribuna con cierta timidez que se parecía al miedo, su voz era opaca y como que reclamaba atención y silencio.

Su decir era con espontaneidad elocuente como corriente clara bajo sauces; tenía la manía de estirarse el cuello de la camisa y de repetir, como aparte, cortando su peroración: «pues señor, pues señor.»

Jamás se dió por entendido de aplausos ó signos de reprobación; nunca se dirigió á sus contrarios, nombrándolos por su nombre: era el Bayardo de la tribuna.

En sociedad era afable y le encantaban las reminis-

cencias de colegio, no conocía la vanidad y refería sus derrotas en el foro de un modo sencillo y franco.

Aunque en exterior engañaba con algo de enfermizo y monástico, era cazador notable, manejaba las armas con destreza y tenía bien sentada su reputación de jinete.

Casó el Sr. Cuevas en temprana edad con la Srta. Estanillo, mujer hermosísima y de virtudes angelicales.

En el hogar era el Sr. D. José M^a sincero y obsequioso con sus amigos, franco y cariñoso, caballero y galán con su señora y de ternura sin igual para con sus hijos.

Observaba sin gazmoñería las prácticas religiosas é hizo de su familia el ornamento de nuestra sociedad.

Realmente, el Sr. Cuevas era un liberal moderado, es decir, que estaban en su convicción los principios liberales, menos en las que creía heridas sus creencias religiosas y las inmunidades de la Iglesia.

La decisión y firmeza con que defendía esos fueros, hacían que los exaltados lo considerasen como filiado en el partido conservador ó enemigo de la independencia, lo que era altamente injusto, y desmintió con pruebas su patriotismo.

General Lino José Alcorta.....

General Mora y Villamil.....

El salón en que el Congreso reunido en Querétaro celebró sus sesiones, estaba situado en el edificio llamado la Academia, viendo á un costado del opulento templo de San Francisco.

Era, propiamente hablando, un galerón ovalado con una soia puerta y sin ventana ni tragaluz; el cielo de bóveda de piedra, el pavimento enlosado y una ventanilla en el fondo con su reja de fierro.

Contra la pared, y descendiendo al suelo, había después de un amplio tránsito que recorría la mitad del óvalo una tosca gradería de cal y canto en que se colocaron sillas para los diputados.

Parece que estoy viendo el salón: en el centro de la gradería superior se colocó el dosel, la mesa para el Presidente y los Secretarios que tenían de frente un gran Santo Cristo con el enorme tintero de plata al pie de la cruz.

Veo bajo el dosel el busto del Sr. Jiménez Caberón, moreno, ojos saltones, con lo que debía ser blanco de los ojos, rojo.

A la izquierda de la fila, en primer término, Doblado, de pelo gris, ojos chicos, barbilampiño y nariz apericada; allá al frente, Elguero, blanco, chupado de carrillos, con sus hermosos ojos negros y su boca grande de dentadura de marfil; acullá el Padre Madrid, Obispo, con su sotana morada, flaco, de anteojos, y rostro monjil amarillento y enfermizo; Cuevas D. José M^a hecho una & hundido en el cuello de la camisa, con su mano apoyando su mejilla y sus oscuros anteojos verdes que parecían aislarlo del mundo.

Permanecía en la sesión silencioso y cabizbajo, viéndosele como coronilla sacerdotal la calva.

Arriaga, en chirlos el cabello, dejando al descubrir

la calvicie; frente abierta y franca, ojos pequeños, negros, de atrevimiento indecible, hoyoso de viruelas, boca húmeda y dentadura alegre y luciente; era como el adalid de la gracia.

Micheltorena se sentaba no lejos, con su cabellera pachona como de duque de comedia de capa y espada, abullados rizos entrecanos sobre las sienes, finísimo y adamado, se recordaba su valor por su indolencia al hablar de los grandes peligros, y su ciencia por la divagación con que constantemente veía al cielo, porque la astronomía era su pasión favorita.

No correspondía con su natural modestia su modo de hablar pomposo y retumbante, hasta en la conversación familiar.

—¿De qué será bueno, le preguntaban, un monumento para Hidalgo, señor general?

—De mármol duradero ó de bronce eterno, respondió con la mayor naturalidad, como diría una cocinera de un guiso en aceite y vinagre ó con salsa de mostaza.

Era valiente Micheltorena hasta olvidarse de la muerte. En lo más recio de la batalla de la Angostura, no se levantaba de su catre en donde estaba. Distráido tomó un libro y no lo soltó sino hasta concluir un capítulo, envuelto casi por los enemigos.

El público se agolpaba á las anchas puertas del salón, de pie y haciendo olas las caras y cabezas.

No había salón de desahogo, ni cosa que se le pareciera, de suerte que los diputados descansaban de pie

contra la pared, y allí eran sus conversaciones, con sultas y altercados.

Antes de pasar adelante, quiero referir un incidente que influyó mucho en el ánimo de los que vacilaban de buena fe, entre votar por la paz y la guerra.

Al llegar el Gobierno á Querétaro, el Sr. Peña y Peña provocó una junta de Gobernadores para que expusiesen los recursos que los Estados podían poner á disposición del Gobierno, dado el caso que el Congreso se decidiese por la guerra.

La junta se instaló con el número que pudo reunirse de Gobernadores, presidiéndola uno de los ministros, y fungiendo como secretarios Zarco y yo.

Algunos de los Gobernadores estaban representados por personas elegidas por ellos.

Se hicieron notables en aquella junta, Ocampo por Michoacán, el Lic. Adame por San Luis Potosí, y el Sr. Mesa, Gobernador de Querétaro.

Los elementos de que podían disponer los Estados, eran realmente exiguos, todos ellos sufrían por causa de la guerra; las rentas apenas podían cubrir las necesidades más precisas, los giros estaban en completa parálisis, los campos abandonados, los caminos desiertos.

No obstante, Guanajuato, Michoacán, San Luis y otros Estados, manifestaron que se esforzarían, exponiendo las conveniencias de la guerra y lo muy justificado de los grandes sacrificios de la Nación.

Tocó su turno al Gobernador de Querétaro, persona

de grandes polendas y oráculo del alto clero Queretano. Era el Sr. Mesa alto, flaco y enhiesto, como formado de un tablón.

Corbata blanca y grueso bastón con puño de oro, paliacate curiosamente doblado, y caja de oro de rapé. Hablaba pausado y campanudo, mostrando en acciones y palabras mucha ceremonia y circunspección.

Comenzó su discurso el Sr. Mesa con una estadística de Querétaro, llena de primores, en que se escapaban verdaderos chistes, dichos con la mayor formalidad.

Concluyó ofreciendo sus preces por el acuerdo del Gobierno; preces que, como decía Zarco, no podíamos inventariar en el material de la guerra.

Sea que el mismo Sr. Mesa no quedase contento de su contingente de preces ó cualquiera otra cosa, hizo un acto reflexivo y dijo:

—Podía ofrecerá la junta una hermosa pieza de artillería, que no dudo sería utilísima; pero es el caso, que se tuvo que cargar con piedras hace tiempo, y le quedó la boca un si es no es ladeada, de suerte que se tira á la derecha y de fijo pega la bala en la izquierda.

Aquella explicación, que tenía todas las trazas de ridícula, indignó profundamente á Ocampo, que sin poderse contener me dijo:

—Ponga Ud., señor Secretario, que el estado de Querétaro contribuye para la guerra con la carabina de Ambrosio.

La junta se disolvió á poco, sin éxito alguno, sir-

viendo sólo para los alegatos de los que opinaron por la paz.

Las contestaciones de los comisionados de Guadalupe, aunque trasporadas, incompletas y como en fracciones, avivaban la inquietud y ponían al descubierto temores y esperanzas.

Entre los partidarios de la paz, había ricos finos y egoístas, que lamentaban la pérdida de sus comodidades, su teatro, su paseo y los halagos de su posición.

Estos nos pintaban ruines y sin crédito, impotentes, cobardes y asustados, exagerando la altura de sus caballos y el alcance de sus espadones. A los yankees les suponían manazas como de gigantes, bocas en que desaparecía medio toro como una soleta, y pujanza hercúlea y sobrenatural.

—No es posible, es una temeridad esa lucha; es que se nos sacrifique estérilmente.

Los partidarios de la guerra pintaban nuestros recursos para la lucha y nuestra pérdida inmensa. A estos se unían los *tragabalas*, los *matasietes*, los espadachines y fanfarrones, y cada centro de conversación era un campo de agramante.

Por fin, las sesiones del Congreso reunido se abrieron, convirtiendo las circunstancias y el silencio religioso, en solemnísimo aquel acto.

El medio óvalo de gradas estaba ocupado por los diputados; de pie y hasta la puerta de la calle, se agolpaba la multitud, ordenada, silenciosa; los hombres con las cabezas descubiertas y atentos como en misa.

De los oradores que tomaron la palabra, recuerdo sólo á D. Hilario Elguero, que habló en pro de la paz y á D. José M^a Cuevas, que se declaró por la guerra.

Ya hemos descrito al Sr. Elguero; estaba, por los días en que habló, enfermo. Abordó encorvado la tribuna, pálido, y con el brazo derecho sobre el estómago, que era su padecimiento.

El metal de la voz de Elguero era dulcísimo y con vibraciones delicadas y expresivas. A medida que hablaba, su fisonomía se coloraba ligeramente, y sus hermosos ojos acentuaban, realzaban y embellecían su pensamiento.

El orador tenía sus pretensiones, sabor ciceroneano en sus discursos, sin duda por la versación en los escritores latinos; pero sus imágenes eran resplandecientes y de grande originalidad.

Con imperceptible artificio, presentó su decisión por la paz, como arrancada á sus afectos, á sus convicciones, á su manera personal de sentir; tenía que limpiar su orgullo de mexicano de su frente y que enjugar sus lágrimas de humillación para sacrificar todo al bien de su patria.

Cada párrafo, cada inflexión de voz del orador, la seguía estremecida la multitud, y como que saltaba conmoviendo al auditorio... y al pintar á la Patria, de rodillas sobre los despojos de sus glorias y de sus hijos, parecía que gemía el aire y que lloraban los muros de la Cámara. No era una elocuencia arrebatada, ni tampoco una debilidad femenil, era el sentimiento

bra recorría toda la extensa gama de los sentimientos, ya dulce y persuasivo, ya terrible, ya quejoso y doliente como el desamparo. . . . Oh! no, en mi vida he asistido á una ostentación de la palabra que me haga más honda impresión.

Los diputados, pálidos, con los ojos brillando de lágrimas, los labios entreabiertos ansiosos, los cuerpos trémulos, escuchaban como sombras que obedecían una evocación mágica. Concluyó de hablar el orador y cayó como exánime sobre la camilla. . . . entonces, como si tratara de un padre por el amor y de un niño ó un ser de cristal, se le rodeó, se le abrigó y se le prodigaron cuidados al hombre que se había hecho adorable.

Los diputados se disputaron el honor de llevarlo á su casa en hombros y sin saber cómo se armó una procesión de cirios y hachones que acompañó al orador hasta su casa.

Los tratados de paz se ratificaron y aprobaron al fin, y regresaron á la Capital los emigrados con mayor contento y ansiedad que los que habían tenido al llegar á Querétaro.

Yo, que por una quimera, que sin escrúpulo puedo llamar irracional, me suponía al salir de México, pasando la vida á salto de mata, sin hogar fijo, y rodeado de peligros por algunos años, ví mi vuelta como una resurrección, y me instalé siguiendo mis plebeyas inclinaciones, en el corazón, en el cogollo, en la *mera flor* del barrio de Regina, ó sean las calles de Mesones;

es decir, las de la *casa del Pueblo* y el mesón del Chino, el pecaminoso callejón de los Gallos. Las calles de los músicos Campuzanos y el médico Becerril, del boticario Ceballos, calle del Tompeate, de D. Marianito Chapela, ¹ el mejor licorista y el más cristiano de los vinateros y, sobre todo, la panadería de Horcasitas, ya citada. con motivo de mi pasión por los títeres, pasión que se arraigó en mí, y que tanto me ha durado, que he acogido con verdadero cariño en mi edad madura á muchos títeres, que me han costado serios desengaños.

Andando los tiempos, el Gral. Vicente Riva Palacio, me hablaba de su pasión por los títeres cuando era niño, al extremo de hacerse empresario, y llevar vida, en cuanto lo permitió su elevada posición, como de títerero.

Contaba con chiste particular de una representación de su Compañía, en que en lo más estusiasta y aplaudido, se suspendió, sin saberse la causa, la función; hubo carreras, gritos y riñas; se averiguó la causa, y tuvo que salir al escenario Riva á noticiar que la función terminaba, porque se había tragado el pito el encargado de su manejo. Como se sabe, el pito es el alma y el verbo de los títeres.

No vuelve, con más tiernas emociones, el anciano á ver los lugares de su infancia, en que se abrieron sus ojos á la luz, y su corazón al aura de los primeros amo-

¹ Se hizo célebre por repartir cada día 1º, gratis y con profusión, el canto á la Divina Providencia del Pensador Mexicano.

res; no encuentra inesperadamente con mayor regocijo, el avaro, el tesoro querido, centro de sus afectos apasionados; no tropieza, sin pensarlo, con mayor delicia el viajero sediento con el arroyo cristalino y fresco que le brinda sus aguas.

Y á semejanza de como la madre recorre y palpa el cuerpo de su hijo, tras una caída que pudiera lastimarlo, así yo emprendí la revista de la Ciudad, rodeándola, introduciéndome en sus callejones y vericuetos más intrincados; empadronando en mi mente sus nuevas habitaciones, recreándome en sus paseos, y sombreándome en sus calzadas.

Ceñían aún á la Ciudad grandes trechos del todo despoblados, cruzados por ciénagas y zanjas, embarazados por muldares. El Norte, desierto, aislándose Tepito,¹ y haciendo de frontera el Puente Blanco. Al Noroeste, vecino de Santa Ana, como árboles viejos, circundados de raíces carcomidas, los templos de Santiago, los Angeles y Santa María, los dos primeros animados febrilmente cada año por las tumultuosas fiestas populares, y el último, mal y escasamente acompañado por el callejón del Ratón, costado de las Bonitas, y vericuetos de mala cara y peores hechos.

Ni rastro, ni intento, ni adivinación había de las Colonias de Guerrero, hoy tan animadas, y del Boulevard de San Cosme, que terminaba en la garita, hoy cuartel. Al frente se hallaba la casa del mayorazgo Basoco, primera huerta en que se plantaron olivos después

¹ Dios azteca de los domésticos (Tepitoton).

de la Conquista. No seguían esas opulentas hileras de palacios, sino edificios miserables, en que sobresalían las casas de Irizarri, casa de los *Mascarones*, en ruina; de Bassoco, D. Juan de Dios Alamán, y otros al frente de la casa del Pino y de la de Isita, que tenía fama por sus huertas y olivar.

En la acera de la casa de Bassoco sobresalía, como hoy, la famosa casa de Pérez Gálvez, y antes la casa de Rodríguez Puebla, notable por su lago navegable en chalupas. En ese sitio, hoy Tivoli del Eliseo, estuvo primero la plaza de toros del Paseo, y después la fonda de Monsieur Fortunet, notable cocinero francés.

Al Occidente puede decirse que la Ciudad terminaba en el Paseo; un farol sobre una viga junto del teatro de Nuevo México, indicante de que hasta allí llegaban las casas.

En lo general las calles centrales eran como hoy, amplias, con buen empedrado algunas, con atarjeas y banquetas, aunque estrechas, cómodas; pero en los barrios eran el lodazal y el caño inmundos, la ausencia de alumbrado y las miserias humanas, entregadas á la más cínica publicidad.

A todos los vientos, las corrientes regulares de calles y casas, se interrumpían por tumultuosos laberintos de vericuetos, callejones, encrucijadas y marañas de pocilgas en zizás, escondrijos y madrigueras de bípedos, no tomados en cuenta por la historia natural.

Al Oriente, los callejones de Susanillo, la Santa Escuela, etc.; al Sur, la Retama, San Salvador, hasta el